

LA EXTREMADURA SORIANA, TIERRA DE FRONTERA

Elena Labayen Berdonces

La palabra “Extremadura” con el significado original de “frontera”, “límite”, “extremo” o “confín”, se utilizó en la Edad Media en referencia a la frontera hispano-musulmana, con un sentido dinámico, móvil. “Extremadura”, “Tierra de los Extremos” o “Extremaduras de Castilla” fueron los nombres que sirvieron para designar a las tierras reconquistadas a los musulmanes durante los siglos XI y XII y que fueron organizadas en Comunidades de Villa y Tierra, a diferencia de las viejas tierras cristianas del s. VIII, repobladas en los siglos IX y X y organizadas en Merindades. El Duero marcó la frontera entre ambos sistemas organizativos: al norte, la Tierra de las Merindades o Castilla; al sur, la Tierra de las Comunidades de Villa y Tierra o Extremadura, a excepción de Soria, organizada toda ella en comunidades de Villa y Tierra. (1)

Por su situación estratégica en el extremo más oriental de Castilla, la hoy provincia de Soria, antigua Extremadura soriana o Extremadura de Suso (de arriba), fue en la Edad Media tierra de frontera. Frontera con el Islam durante dos largos siglos, y posteriormente, frontera con los reinos de Navarra y Aragón. Esta situación de tierra de frontera, si bien la mantuvo continuamente en pie de guerra, también la hizo más permeable y receptiva frente a las influencias externas. Pero, sin duda, el auténtico “finis Castellae”, la última frontera de Castilla, se halla aquí, en este extremo nororiental de la provincia de Soria, que por su configuración orográfica, constituye una auténtica atalaya natural, un promontorio rocoso, que se adentra en tierras riojanas y vierte sus aguas al Ebro. De ahí el nombre de Rioja Soriana.

Las fronteras administrativas casi siempre son artificiales y no suelen obedecer a cuestiones de tipo histórico o cultural. Tal es el caso de estas tierras del norte de Soria, que a lo largo del tiempo fueron pasando de unas manos a otras, primero navarras, luego castellanas, después riojanas, y finalmente, castellanas; antes de realengo, luego de señorío, hasta que alguien un buen día, desde una lejana Administración, estableció, de forma más o menos arbitraria, los límites provinciales, un poco más aquí, o un poco más allá.

Decía Abel Hernández en “Historias de la Alcarama”, (2) refiriéndose al mercado que se celebraba los lunes en San Pedro Manrique: “Subían de Cornago, de Aguilar del Río Alhama y de Inestrillas, toda la noche andando por caminos intransitables, con sus machos cargados de frutas y verduras” (...) “llegaban de Arnedo o de Calahorra con camionetas” (...) “competían los alpargateros de Arnedo y de Cervera”, y es que, como leemos en un interesante trabajo colectivo titulado “Danzas procesionales de Cameros

y el norte de Soria”, (3) las comarcas limítrofes de Cameros en La Rioja y el norte de Soria tienen una historia y una cultura comunes, ligadas a la granjería ovina trashumante. “Se trata de un territorio montañoso, que abarca la dos vertientes de la Cordillera Ibérica, con una gran homogeneidad histórica y cultural”.

Creo que este rincón del nordeste soriano pegado a La Rioja, siempre fue frontera, desde tiempo inmemorial. Decía Antonio Ruiz Vega que el límite entre los pelendones, los berones y los vascones pudo haber estado próximo a Yanguas y San Pedro Manrique. (4) El territorio celtibero terminaba, al parecer, en Contrebia Leucade, “caput gentis Celtiberiorum” según Valerio Máximo, cerca de Inestrillas y Aguilar del río Alhama. Los pelendones, ocuparon todo el extremo norte de Soria, desde Vinuesa hasta Ágreda, llegando por el norte a las sierras de Urbión, Demanda, Cebollera y Cameros, frontera con los berones, y por el este, hasta el Moncayo y la frontera navarro-riojana, límite del territorio vascón. ¿No constituyeron acaso los castros y castillos (“castillejos”) celtibéricos de los cursos altos de los ríos Cidacos y Linares, estudiados por Blas Taracena, (5) y más recientemente por Eduardo Alfaro Peña, (6) toda una red defensiva fronteriza?

Por su importancia estratégica, como lugar de paso entre el Valle del Ebro y la Meseta, el carácter fronterizo de este espacio ha sido, al parecer, una constante histórica. Durante la Edad Media, la parte más oriental de la provincia de Soria, fue frontera con el Islam, punto de confluencia de las Marcas Superior y Media, lo que explica la concentración de atalayas y torreones defensivos en Tierra de Ágreda y el Valle del Rituerto. (7) Una vez alejado el peligro musulmán de la zona, tras la conquista del Valle del Alhama, Tarazona y Ágreda por Alfonso I el Batallador en 1119, no lejos de aquí, entre la sierra de Yerga y el Moncayo, se fijó la frontera entre los reinos de Castilla, Navarra y Aragón. Por eso, el emperador Alfonso VII (1135-1157) tuvo como una de sus principales preocupaciones el refuerzo de esta frontera oriental.

La zona del Alto Cidacos y del Linares fue, en opinión de Joaquín Gorrochategui, frontera lingüística entre el mundo celtibérico y el vascón. (8) Luis Núñez Astrain, en un trabajo sobre el euskera arcaico, (9) recoge la hipótesis defendida por Gorrochategui, de que las estelas funerarias de la cabecera de los ríos Linares y Cidacos, con inscripciones onomásticas de apariencia ibérico-euskérica (finales de siglo I a III d. C.), (10) podrían suponer la pervivencia de un reducto vasco-ibérico precéltico en la Serranía Ibérica soriano-riojana –teoría que también defiende Eduardo Aznar- (11) o la inmigración de población vascona del Valle del Ebro, con carácter fijo o trashumante, desde Calahorra como punto de origen, en época romana. (12)

Juan José García González, Catedrático de Historia medieval en la Universidad de Burgos, en su libro “Castilla en tiempos de Fernán González”, coincide en la idea de una expansión de pastores euskoparlantes, desde las “irredentas” plataformas agropecuarias de Urbasa, Andía y Aralar (saltus vasconum) hacia las zonas bajas (ager

vasconum), hecho que habría ocurrido a la caída de Imperio Romano (siglos V-VII) y que explica la presencia de esa lengua pirenaica lejos de su solar original, en el Valle Medio del Ebro y las estribaciones de la Cordillera Ibérica. (13)

Pero la Cordillera Ibérica, en cuyo extremo oriental se sitúa esta Tierra de San Pedro Manrique, debido a su aislamiento, sirvió en muchos momentos de su historia de refugio de gentes que huían de invasiones, guerras y persecuciones. Aquí se refugiaron celtíberos ante el avance romano, y también más tarde visigodos ante el avance musulmán y moriscos huidos del valle del Ebro y del Alhama, cuando la orden de expulsión. Para los romanos éste debió de ser un territorio marginal, agreste y de duras condiciones climáticas, alejado de las principales vías de comunicación, y en consecuencia, poco romanizado. Tampoco los musulmanes tuvieron, al parecer, una presencia importante en estos lugares, fuera de algunos torreones o atalayas en lugares estratégicos. Juan José García González, en su libro ya mencionado, ilustra de forma gráfica, cómo las aceifas (incursiones) primaverales de los musulmanes desde el valle del Ebro hacia la Meseta, bordeaban la Cordillera Ibérica, por el norte hasta alcanzar el Portillo del Alto Ebro –entre la Cordillera Cantábrica y la Ibérica- a la altura de Pancorbo, o por el sur, utilizando el Portillo del Alto Duero -entre las cordilleras Ibérica y Central- por Osma y San Esteban de Gormaz.

Sin embargo, bien sea por su situación estratégica o por la calidad de los pastos, o por la lana que aquí se producía, estas tierras fueron no solo lugar de paso obligado, sino continuo objeto de disputa. Los reyes de Pamplona, tras la conquista de Nájera, Viguera y Arnedo en el año 922, se aventuraron, al parecer, remontando el cauce del Iregua, hacia los pasos de montaña de Santa Inés y de Piqueras, que permitían el acceso a la Meseta. Según establecía el acuerdo de demarcación de la frontera entre el Condado de Castilla y el Reino de Pamplona firmado en 1016 (14) entre el conde castellano Sancho García y Sancho III el Mayor, el avance navarro habría llegado desde la Sierra de la Demanda, por la Sierra de Cebollera y los ríos Razón y Tera, hasta Almarza y Garray. Una vez reconquistada La Rioja por los monarcas pamploneses, se habría repoblado, a partir de 922, la Tierra de Yanguas -antes lanuas de Val de Arneto- (15), San Pedro Manrique –antes de Yanguas- y Magaña, con navarros y cameranos, procedentes, al parecer, de Arnedo, Cornago y Cervera del Río Alhama. Los navarros habrían llegado incluso hasta Ágreda (16) y el límite de las sierras del Almuerzo y del Madero. Y aunque el afán expansionista de los reyes de Pamplona en territorio soriano se vio frenado por las campañas de Abderramán III y Almanzor, no parece, sin embargo, en opinión de don Gonzalo Martínez, que la población cristiana de estas tierras se viera forzada a la fuga y abandono de sus hogares. La numerosa toponimia medieval de origen vasco-navarro que hay en todo el norte de Soria, así como también muchas manifestaciones de su folklore, son buena prueba de ello. (17)

Después de 1076, los territorios del norte de Soria, lo mismo que gran parte de La Rioja, pasaron a depender de la corona de Castilla. Fue Alfonso VII, el Emperador, quien organizó, en el siglo XII, estos lugares de Yanguas, San Pedro Manrique y Magaña, en Comunidades de Villa y Tierra, uno de los sistemas más libres y democráticos de toda Europa, en opinión de don Gonzalo Martínez. Sabemos que el Emperador realizó en varias ocasiones el camino que, desde Oncala, a través de San Pedro Manrique, le llevaba por Cornago y Entrambas Aguas hasta Calahorra, estando en guerra con los navarros. Al parecer, siempre le preocupó la fragilidad de esta frontera y por eso la reforzó con fundaciones cistercienses procedentes de Gascaña, en Nienzebas (Yerga) y Fitero y, más abajo, en Cántabos (Fuentelmonje) y Huerta.

Pero el carácter realengo de estas tierras duró poco, pasando a ser territorios de señorío, por cesión real a favor de magnates, como los Ramírez de Arellano o los Manrique; monasterios, como el de Fitero, o iglesias catedrales, como la de Calahorra. En el caso de la villa de San Pedro, Gervasio Manrique de Lara (18) afirma que fue el rey D. Juan I quien en 1383 nombró señor de la villa a D. Diego Gómez Manrique, Adelantado Mayor de Castilla. El Monasterio de Fitero, auténtico señorío eclesiástico, tuvo importantes posesiones en San Pedro Manrique, Magaña y Ágreda. (19)

La trashumancia ha marcado desde la más remota Antigüedad la forma de vida tradicional de la Tierras Altas, lindantes con La Rioja. Toda esta comarca, conoció cuando la época dorada de la Mesta, un ir y venir incesante de rebaños, pastores, arrieros y recuas cargadas de vellón, camino de los puertos del norte. San Pedro Manrique fue, en opinión de Gervasio Manrique, una de las villas más ricas e influyentes de la Mesta de la Ibérica soriana, llegando a tener 4.000 vecinos. Los ricos ganaderos, con grandes rebaños, construyeron en ella sus palacios, pero la riqueza generada por la lana pasó de largo, dejando estos lugares “desangrados y exánimes, víctimas de una explotación implacable”, en palabras de Gonzalo Martínez, hasta que llegó la crisis del siglo XVII y las sierras comenzaron a despoblarse, en un lento pero incesante goteo, hacia Fitero y otras localidades de la Ribera de Navarra. (20) Luego ocurrió la gran diáspora de los años 60-70 del siglo pasado, que condenó estos pueblos al olvido. Sólo ahora el esfuerzo de unos pocos, hijos y nietos de aquellos hombres y mujeres que vivieron en estos lugares, hoy despoblados o en vías de despoblación, en un denodado afán por conservar viva la gran riqueza arqueológica, histórica y cultural de esta comarca de Tierras Altas, podrá frenar los estragos causados por una pésima gestión de los recursos naturales en esta última frontera soriana.

Notas:

1. Gonzalo Martínez Díez. Las Comunidades de Villa y Tierra de la Extremadura Castellana. Editora Nacional. 1983

2. Abel Hernández. Historias de Alcarama. Gadir. 2008
3. Javier Asensio, Helena Ortiz y Fernando Jalón. Danzas procesionales en Cameros y norte de Soria. Culturas populares. www.vallenajerilla.com
4. Antonio Ruiz Vega. Yanguas, Astur y Templaria. Abanco. Cosas de Soria..
5. Blas Taracena, Carta Arqueológica de España. 1941.
6. Eduardo Alfaro Peña. Castillejos y Villares. Modelos de poblamiento antiguo en el interior del sistema ibérico. Soria 2005.
7. Santiago Lázaro Carrascosa, Torreón o atalaya árabe de Trébago, con datos de la Historia de Soria de Nicolás Rabal. Revista Trébago. nº 6
8. Joaquín Gorrochategui. Vasco Antiguo. Algunas cuestiones de Geografía e Historia lingüísticas. Acta Paleohispánica. 2009.
9. Luis Núñez Astrain. El euskera arcaico, extensión y parentescos. Ayuntamiento de Rentería. 2002.
10. Estas estelas funerarias han sido estudiadas por Eduardo Alfaro Peña. Costumbres romanas para la muerte en Tierras Altas de Soria. Soria 2006.
11. Eduardo Aznar Martínez. “El Euskera en La Rioja”. 2011. Defiende la presencia de un euskera muy arcaico (protovasco) en Tierras Altas, ligado a un núcleo de población ibérico-vascón, anterior a las oleadas célticas, que habría resistido hasta época romana. No habría sido, por tanto, resultado de movimientos de trashumancia, ni de repoblaciones. ¿Sería “Sarnago” un topónimo vasco-ibérico?
12. Urbano Espinosa Ruiz. La ciudad en el Valle del Ebro durante la Antigüedad tardía. VII Semana de Estudios medievales. Nájera. 1996. Las ciudades del Valle del Ebro actuaron como focos de romanización en los entornos serranos que bordean el valle: Calagurris (Calahorra) en los cursos altos de los ríos Linares, Cidacos y Leza; Gracchurris (Alfaro), en las poblaciones del Alto Alhama.
13. Juan José García González. Castilla en tiempos de Fernán González. Ed. Dossoles. Burgos. 2008. Aporta interesantísimos mapas.
14. Cartulario del Monasterio de San Millán. Folio 161. Becerro Galicano.
15. “Ianus de Val de Arneto” figura en el escudo concejil de la villa. Luis Camporredondo. Miscelánea. Recuerdo de Yanguas. Logroño 1934.
16. Documento de donación al Monasterio de San Millán en 957 de la iglesia de San Julián de Ágreda y la de Santa Cruz de Tarazona por García Sánchez I en nombre de su madre la reina Toda. Cartulario de San Millán. En Documentos reales navarro-aragoneses hasta el año 1004. A. Ubieto Arteta. Zaragoza.1986. (Autenticidad dudosa).
17. Antonio Ruiz Vega: “Las relaciones entre Soria y Euskadi. Soria 1999.
18. Gervasio Manrique de Lara. Datos para la Villa de San Pedro Manrique. Revista Celtiberia, nº 39. 1970. Archivo Municipal de Soria.
19. Serafín Olcoz Yanguas. Memorias del Monasterio de Fitero del Padre Calatayud. Príncipe de Viana. Gobierno de Navarra. 2005. También Cristina Monterde Albiac. Colección diplomática del Monasterio de Fitero. Zaragoza 1978; y Rogatorio de documentos privados dirigidos al Monasterio de Fitero. 1994-1995.
20. Francisco José Alfaro Pérez. Corrientes migratorias del Valle Medio del Ebro en la Edad Moderna. En Migraciones y movilidad social en el Valle del Ebro. (siglos XVI-XVIII) Universidad del País Vasco. 2006.